

PREMIO LITERARIO 'ATENEA'

1959 y 1960

LUIS MERINO REYES

EL PREMIO Literario "Atenea", que otorga periódicamente la Universidad de Concepción, fue concedido recientemente al escritor Luis Merino Reyes, por su novela *Ultima Llama* (Editorial Nascimento, 1959) y a Jorge Millas, por *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (Editorial Universitaria, 1960).

El jurado que concedió este galardón, estuvo compuesto por el Rector de la Universidad de Concepción, señor David Stitchkin; por don Carlos Martínez Toledo, Secretario General de la misma institución, y por don Milton Rossel, director de la revista "Atenea".

De las numerosas críticas sobre la novela de Luis Merino Reyes, se destaca la del prestigioso y agudo *Alone*, publicada en "El Mercurio" de Santiago, el 2 de agosto de 1959, y que reproducimos a continuación:

"Durante mucho tiempo, sostenida por voces catedráticas, dominó en Chile la escuela paisajista. El escritor competía con los pintores, y la intriga, el argumento, los caracteres, la acción, en una palabra, el cuento en el cuento y la novela en la novela, pasaron a segundo término, resultaban insignificantes, simples medios, clavo o cuerda, para colgar los grandes cuadros, las sacrosantas descripciones. Nuestras montañas, tan imponentes, nuestros valles tan hermosos, y aquellos bosques y selvas, y ese extraordinario mar a lo largo de la costa más dilatada, ¿cómo prescindir de ellos? Había que abrir los ojos. Esto de "abrir los ojos" fascinó a los escritores y por ahí entraron cataratas de páginas descriptivas, ríos, árboles, caminos, ranchos, animales, mantas, huasos, cuanto Dios creó, excepto, naturalmente, lo que ya

no cabía en aquel mundo de inventario de cosas naturales: un alma.

Para excluirla con dignidad, se formuló la teoría, se dijo que en Chile la naturaleza aplastaba al hombre, que el paisaje superaba al personaje. En consecuencia, el intérprete de nuestro país había de someterse y pintar, pintar, pintar.

Cuando alguno echaba de menos un poco de espíritu y se dolía de la simpleza de los tipos novelescos que habitaban las novelas nacionales, los maestros del género reían, diciendo que no era posible traer a este país nuevo las complicaciones de Marcel Proust.

Con lo cual entendían cerrarle la boca.

Pero, ¿qué teoría expresará lo que el menor bostezo?

Tanto y tanto menudearon esos efectos de la monotonía que, al fin, algunos escritores entendieron y se empezó a reaccionar. Poco a poco, las descripciones de la naturaleza, los paisajes, en suma, lo exterior, comenzaron a ceder espacio al eterno asunto de todas las épocas, al tema inagotable, siempre variado y siempre el mismo, que todos los poetas y los novelistas han explotado: el hombre.

Entre los novelistas actuales que más y mejor han ido por esa senda sin fin débese contar a Luis Merino Reyes, poeta, que empezó como poeta; pero a quien la poesía y prosa lo llaman hacia el misterio interior, fuente de interés de los seres y las cosas.

Vale la pena notar en su reciente libro cómo van siendo reducidas las antiguas, prolongadas, lentas y soñolientas descripciones.

Página 25: "El cielo iba a precipitarse, obscuro, denso. Los cerezos estaban florecidos y en los ángulos sorprendidos de la amplia avenida sostenían su frágil ramaje decorado por espumosas corolas". Una simple viñeta para abrirle paso a Ofelia que "avanzaba a tranco firme...". Pág. 125, interrumpiendo una conversación de dos amigos: "El sol iluminaba el rústico recinto, el murmullo del río disolvía las palabras, hacía intrascendente el lenguaje escabroso". Hay más: pero poco.

Igualmente rápidos e impersonales pasan los sitios de la ciudad, las calles, una plaza, una fuente de soda, un bar, la casa, la oficina, la clínica. Nunca la mirada se detiene en esos puntos que Balzac estudiaba minuciosamente, como el juez que prepara la reconstitución de un crimen.

Merino Reyes procede sumariamente, a lo siglo XVIII y su estilo descarnado, abstracto, rápido, tiene mucho de la gran época volteriana.

El tejido mismo de su novela y la atmósfera en que transcurre se parecen a *Regazo Amargo*; la preocupación que hace girar a hombres y mujeres, como en torno a un eje, es el amor. Argumento muy simple. Javier, de naturaleza polígama, ama a su esposa. Filomena, la heroína heroica, la mujer buena y fiel, encarnación de la belleza moral; pero, respetándola mucho y aun temiéndola un poco, Javier tiene una amante, Ofelia, otro tipo, pintada, complicada, sensual, sin freno, que ha tenido varios amantes y no excluye la posibilidad de otros, aunque no se la podría, en rigor, llamar desvergonzada. Trabaja, desempeña un puesto en una oficina, vive con sus hijos.

Las preocupaciones económicas ocupan cierto lugar en esta novela de amor; pero no forman el drama.

En uno de los capítulos más interesantes, el noveno, Javier conversa con un amigo medio borracho y hablando íntimamente le hace esta confidencia:

"Antes de casarme, hablé a solas con mi suegro. El hombre se expansionó y me mostró sus hondos pensamientos, sus dolores cotidianos; entonces me expliqué por qué vagaba solitario por los parques, sin amigos, con ese rictus tan adusto. "Ud. termina de cancelar una cuenta —dijo mi suegro— y ya le envían otra, es algo sin fin, como detener la brecha de agua en un naufragio". Pero el enamorado no cree en pesimismo. Por suerte, mi mujer resultó una santa capaz de soportarme hace ya tantos años".

El amigo, aunque ebrio, no deja de clavarle su aguijón: —Tan santa que te he visto con una atractiva dama, más pegado a ella que una lapa— dijo Damián Faúndez y empinó su vaso de cerveza ambarina.

Pero contra esa clase de estocadas están, como es sabido, las teorías. —Justamente por eso —repuso con vivacidad Javier—. Somos incapaces de soportar la perfección; además los santos y los ángeles enervan; es preciso salir a buscar complicaciones; de otra manera vivimos la existencia como encarcelados, añorando a cada momento un cataclismo.

De tanto salir a buscar complicaciones con Ofelia, Javier encontró la que ambos merecían. Aparecen el médico, la clínica, la operación y aquí no ha pasado nada. Un ser que pudo ser y no fue. Un condenado a muerte de menos...

Debemos reconocer que el aire de la obra se reseca a veces demasiado. Todo romanticismo, toda partícula, todo átomo y hasta mitad de átomo de lo que llaman romanticismo ha desaparecido. Tenemos delante una sucesión de superficies limpiadas, esterilizadas, niqueladas, donde no puede alojarse ensueño alguno ni prosperan músicas, resonancias, trémolos ni horizontes. Jamás un claro de luna o miradas melancólicas en el vacío. Notaciones precisas, crudas, breves, exactas, conversaciones frías que se oyen. Admirable de realidad la que transcurre en el capítulo vi y empieza: "Las tres mujeres se encontraban en el costurero de Filomena". Excelente, en el capítulo xi, el vaivén de Javier y Ofelia, cuando va divisándose el final: "Javier vació un poco de coñac en su vaso, acarició el vidrio con su mano tibia y se bebió el quemante líquido con lentitud. Después ofreció el mismo trago a la mujer. Ofelia aceptó la bebida; pero en seguida dijo:

—Antes no necesitabas beber para estar conmigo.

—¿Por qué dices eso? —habló el hombre.

—Porque es verdad —murmuró Ofelia—. Tengo la impresión de que ya no me quieres y que vas a dejarme.

—¿Estas loca? —dijo el hombre—. Si te dejara, me moriría". El hombre, la mujer. Abundan esas expresiones impersonales que diluyen al individuo. Por lo demás, los personajes, ellos y ellas, tienen un nombre; pero carecen de apellido. Son entes de razón que aman, gozan, sufren, temen y esperan. Sin hondura, sin un vigor extraordinario, trágico o dramático; pero con verdad. *Con una resplandeciente verdad humana, seca, indiscutible.*

Es un libro curioso y contradictorio.

¿Por qué se lee y atrae tanto?

Parece que le hubieran extraído todo o casi todo lo que hace el interés de las novelas, que lo hubieran vaciado para practicarle una minuciosa asepsia: sin embargo, no se puede soltar. Será, tal vez, la claridad, la exactitud, cierta implacabilidad de sentimientos, podados, arrasados, una dureza ágil y fulgurante que va pasando sin cesar, sin nada de más, con los nervios vivos al aire, como si quisiera evitar a un lado y otro grandes peligros. Jamás hay un retrato de nadie, una de esas telas ante las cuales se siente al autor, paleta en mano, avanzar con sus pinceles, dar aquí un toque, retroceder, dar otro toque más allá, modificando la línea, completando el colorido, haciendo destacarse este rasgo, esa expresión. No. A los tipos los vamos conociendo

en la acción, mientras las páginas transcurren, por retazos, charlas, actitudes, gestos y lances.

Porque es una novela eminentemente dinámica, podría decirse cinematográfica, aunque singular hasta lo último, cuando llegamos al desenlace de tanta acción, de tantas agitaciones, vemos estupefactos que, en resumidas cuentas, desde el principio hasta el fin, estamos en el mismo punto, no ha pasado nada.

Nada, sino la vida."

JORGE MILLAS

LOS PERFILES espirituales de la Edad Media y las coordenadas sociales en las que Dante vive y escribe sus obras son como el final de ruta de este libro, cuya máxima virtud no es la de resolver problemas, sino, más bien, la de plantearlos, porque tal fue siempre la esencia del pensamiento filosófico.

Sabido es que, en la *Comedia* del Dante, el historiador de la literatura italiana de Sanctis descubrió tres elementos alegóricos —el alma, la razón y la gracia—, que son verdaderamente las tres grandes categorías de la cultura medieval.

Jorge Millas las estudia con morosidad, con delectación de filósofo, proyectándolas sobre los cielos humanos de la cultura occidental. Es aquí donde su estilo literario alcanza cimas de perfección y de síntesis conceptual.

El autor de estos *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* nos invita a pensar. Por añadidura, es un escritor de alcurnia. Su estilo se caracteriza por un juego exacto y funcional de las palabras, muchas de ellas de curso corriente, habitual, pero que adquieren un peso emocional y filosófico en el contexto.

Escribe con énfasis, porque está situado en las barricadas del pensamiento filosófico, porque asume la doble función de espectador y de actor.

En nuestro ambiente nacional no son frecuentes las obras de inspiración filosófica. Incluso los poquísimos lectores de este tipo de libros aseguran que, en la Filosofía, como en las Matemáticas, "no hay caminos regios", ni atajos de facilidad. Sin embargo, los ensayos del profesor Millas son un ejemplo de penetración y de sencillez, con el paramento de una forma lite-

raria en la que plurales armonías ensayan su contrapunto estético.

El Premio "Atenea", que se le ha conferido recientemente, exalta las proyecciones de una labor concebida con inteligencia, puesta al servicio de los valores espirituales.

Nada más emotivo que concebir al espíritu realizándose eternamente a través de formas transitorias, y cada ser transitorio participando del sabor de lo eterno e infinito. Los pueblos tienen una historia espiritual. Y los seres humanos se completan, movidos por el íntimo esfuerzo de alcanzar objetivos cada vez más amplios y significativos.

Jorge Millas dicta cátedras de teoría del conocimiento y de filosofía moderna y contemporánea, así como de filosofía jurídica.

Se le reconoce como el más valioso representante del pensamiento filosófico chileno de su generación. Entre sus obras podemos citar las siguientes: *Idea de la Individualidad, Orígenes del pensamiento filosófico, Goethe y el espíritu del Fausto y la Filosofía de la acción en el Fausto.*

Dícese que en su concepción filosófica han influido Bergson y Ortega. Cuando se instaura en la esencia de los fenómenos vitales, la idea de la libertad es una de sus constantes, una antorcha de limpios y muy claros fulgores.

* *
*

El Premio "Atenea" ha sido concedido al profesor Jorge Millas, por su libro *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente.*

Durante cuatro años, desde el verano de 1947 al verano de 1951, tuvo el honor de dirigir los Cursos Básicos de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico. De aquellas jornadas docentes nació la idea de un libro filosófico.

Estas meditaciones filosóficas son un constante discurrir por los mares del espíritu, para llegar a la conclusión de que los procesos espirituales tienen una génesis y una finalidad. Tal vez entre ambas riberas se tiende el puente flexible de su Historia, de un fluir vivo que es un proceso de diferenciación constante, con la vista fija en la coexistencia de los hombres, para realizarse, para llegar a ser ellos mismos.

El profesor Millas estudia, en primer término, la fisonomía espiritual del mundo griego, venero de muchos ideales humanos.

En efecto, Grecia, en un momento de su historia, en un período de unos cien años, en el siglo de Pericles, Sócrates y Esquilo, llegó "al más alto nivel de conciencia humana alcanzado hasta entonces por el hombre".

Un remezón de tipo espiritual crea nuevas formas de vida "en el arte, la política, la religión, la ciencia, la filosofía, la educación y la vida privada".

Para seguir fundamentando su postura, típica de un idealismo romántico, aborda, en segundo término, el examen del arte griego, de su secreto espiritual. Dice en uno de sus acápites: "Grecia humaniza el arte en todos sus aspectos, lo ilumina con su sonrisa, con su benevolencia, su amenidad, su gracia; lo hace más acogedor y sensible. Más que las otras civilizaciones, concibió un arte hecho para el hombre, para su placer, su alegría y reposo".

También estudia la fisonomía espiritual de Roma, su carácter realista, su carencia de afanes por la aventura. Y destaca, no sin razón suficiente, que lo perdido en emoción de originales horizontes se gana en seguridad y eficiencia de la vida práctica. "Lo cual constituye una manera de asegurar el dominio sobre las cosas y ponerlas al servicio de la vida".